

## Prólogo

*En el desierto, lejos de Caldwell (Nueva York),  
de Boston (Massachusetts) y de la cordura.*

**H**abían pasado más o menos dos años desde que aquella bomba había estallado en la arena y Jim Heron, que ya no estaba en Operaciones Especiales, reflexionaba sobre el hecho de que, tanto Isaac Rothe, como el cabrón de Matthias, e incluso él mismo habían dado un giro a su vida aquella noche.

Por supuesto, en aquel momento ninguno de ellos sabía lo que aquello implicaba ni adónde les llevaría, pero así era la vida: a nadie le hacían una visita guiada a su propio parque temático. Había que montarse en todas las atracciones a medida que iban apareciendo, sin saber si te gustaría aquélla para la que estabas haciendo cola o si sería una putada que te haría vomitar el perrito caliente con maíz y el algodón de azúcar, poniéndolo todo perdido.

Aunque tal vez fuera mejor así. Como si entonces se fuera a creer que acabaría enfrentándose a un demonio e intentando salvar al mundo de la condenación eterna. Venga ya.

Pero aquella noche, bajo el frío seco que lo había inundado todo en cuanto el sol se había puesto sobre las dunas,

él y su jefe habían entrado en un campo de minas y sólo uno de ellos había salido por su propio pie. El otro no había tenido tanta suerte.

\*\*\*

—Es aquí —dijo Matthias mientras se acercaban a un pueblo abandonado del color del caramelo de una copa de helado de Friendly's.

Estaban a veinticinco kilómetros del barracón lleno de militares donde se alojaban. Como él y su jefe eran miembros del grupo de Operaciones Especiales, en teoría no pertenecían a ningún cuerpo definido, lo que obraba a su favor: los soldados como ellos tenían identificaciones de todo tipo y las usaban como les convenía.

La «aldea» no era más que un poblado compuesto por cuatro estructuras de piedra que se caían a trozos y un puñado de chabolas de madera y lona. A medida que se acercaban, a Jim se le pusieron los huevos de corbata cuando empezó a registrar movimiento por todas partes con las gafas de visión nocturna. Odiaba aquellas putas lonas, ondeaban al viento y sus sombras revoloteaban como las de las personas de movimientos rápidos que iban armadas con pistolas. Y con granadas. Y con toda clase de objetos punzantes y brillantes. O, en aquel caso, sucios y llenos de arena.

Odiaba las misiones en el desierto, prefería matar en plena civilización. Aunque en una misión urbana propiamente dicha o incluso suburbana estabas más expuesto, al menos podías imaginarte lo que se te venía encima. Allí fuera, la gente tenía recursos con los que él no estaba familiarizado y eso siempre le ponía nerviosísimo.

Además, no se fiaba del hombre con el que iba. Era cierto que Matthias era el jefe de la organización y que tenía línea directa con Dios, que había adiestrado a Jim hacía un montón de años y que éste llevaba una década acatando sus órdenes, pero todo aquello sólo hacía que tuviera menos ganas aún de estar a solas con el gran hombre. Aun así, allí estaban, en una «aldea» del maravilloso municipio de Nadie-podrá-encontrar-tu-cadáver-landia.

Una ráfaga de viento recorrió con la rapidez de unas Nike el llano paisaje pasando a todo correr sobre la arena, recogiendo aquellas diminutas partículas y metiéndoselas por el cuello de su uniforme de camuflaje. Bajo sus botas negras de cordones, el suelo cambiaba constantemente, como si él fuera una hormiga caminando por la espalda de un gigante y al que estaba poniendo de muy mala leche.

Empezaba a tener la sensación de que, en cualquier momento, una manaza iba a bajar del cielo para aplastarlo.

Aquella caminata hacia el este había sido idea de Matthias. Tenían que hablar de algo que no podía discutirse en ningún otro sitio. Así que, obviamente, Jim había cogido un chaleco antibalas y unos veinte kilos de armas, además de agua y raciones de campaña.

La verdad era que parecía una mula de carga.

—Por aquí —dijo Matthias, colándose dentro de una de las construcciones de piedra por la entrada sin puerta. Jim se detuvo y miró alrededor. Lo único que vio fueron las lonas bailando *break dance*.

Empuñó las dos pistolas antes de entrar y es que aquél era el lugar perfecto para una violenta sesión inquisitorial. No tenía ni idea de lo que había hecho o de lo que se había enterado para merecerse un interrogatorio, pero algo te-

nía claro: no había ningún motivo para echar a correr. Si aquélla era la razón por la que le había llevado allí, al entrar se encontraría con dos o tres tíos más de Operaciones Especiales que le limpiarían el forro mientras Matthias hacía las preguntas. ¿Y si se largaba? Lo perseguirían por todo el mundo, aunque tardaran semanas en pillarlo.

Aquello podría explicar por qué Isaac Rothe había aparecido por la tarde con el protegido de Matthias y segundo de a bordo. Aquellos dos eran un par de asesinos natos, una pareja de pit bulls listos para lanzarse al cuello de cualquiera.

Sí, eso tenía sentido y debería habérselo imaginado antes. Aunque de todos modos, si lo hubiera hecho, no podría haberse evitado el ajuste de cuentas. Nadie salía vivo de Operaciones Especiales. Ni los espías, ni los tíos de inteligencia que se mantenían al margen, ni siquiera los jefes. Tu filosofía de vida se convertía en la de morir con las botas puestas, aunque cuando entraras nadie te lo dijera.

Sin embargo, él no dejaba de buscar alguna forma de dejarlo. Aunque matar a gente era lo único que sabía hacer para ganarse la vida, estaba empezando a hacerle comerse el coco. Puede que, en cierto modo, la culpa fuera de Matthias.

«Empieza el baile —pensó Jim, cruzando el umbral de la puerta—. También podría enfrentarme a ellos».

Pero allí no había nadie más, aparte de Matthias.

Jim bajó lentamente las pistolas y examinó de nuevo el pequeño espacio. Según las gafas de visión nocturna, allí sólo estaba el otro hombre. Le dio a un interruptor y cambió el modo a visión de calor. Y aun así, nada, únicamente Matthias.

—¿Qué pasa? —preguntó Jim.

Matthias estaba en la esquina del fondo, a unos tres metros de distancia. Cuando el hombre despegó las manos de los costados, Jim volvió a apuntarle con la SIG, pero lo único que hizo su jefe fue negar con la cabeza y aflojarse la cartuchera. Con un movimiento brusco, la dejó caer sobre la arena. Luego dio un paso adelante, abrió la boca y dijo algo en voz baja. Luz. Ruido. Descarga de energía.

Y luego nada más, salvo una suave lluvia de arena y escombros.

Jim volvió en sí al cabo de un rato. La explosión lo había lanzado contra el muro de piedra, dejándolo inconsciente. Y, a juzgar por lo entumecido que se sentía, debía de haber estado K.O. un buen rato.

Tras un par de minutos de confusión, se sentó con cuidado preguntándose si se habría roto algo.

Enfrente de él, donde había estado Matthias, había ahora un montón de despojos.

—Dios mío... —Jim se volvió a poner las gafas de visión nocturna, recuperó las armas y se arrastró por la arena hacia su jefe—. Joder, Matthias...

La pantorrilla del hombre parecía una raíz arrancada del suelo. La extremidad era sólo un muñón destrozado con el extremo hecho jirones. Su ropa de camuflaje estaba llena de manchas oscuras que debían de ser sangre.

Jim le tomó el pulso en el cuello. Aún lo tenía, pero era débil e irregular.

Se desabrochó el cinturón, se lo quitó, puso la tira de piel alrededor de la parte superior de la pantorrilla de Matthias y apretó fuerte para hacerle un torniquete en el miembro. Luego buscó rápidamente otras heri... Mierda. Al salir despedido hacia atrás, Matthias había caído sobre

un pincho de madera. Aquella maldita cosa lo había atravesado como si fuera un pincho moruno.

Jim lo movió para comprobar si podía arrancárselo y llevarse a Matthias de allí. Parecía estar suelto. Bien.

—Da... nny... hijo...

Jim frunció el ceño y miró a su jefe.

—¿Qué?

Matthias abrió los ojos como si sus párpados fueran persianas de acero cuyo peso apenas podía levantar.

—Déjame...

—Has volado por los aires...

—Déjame...

—Y una mierda. —Jim cogió la radio y rezó para que fuera Isaac el que contestara y no el loco del segundo de a bordo—. Vamos, vamos...

—¿Qué quieres? —Escuchó aliviado el suave acento sureño que llegaba a través del auricular. Gracias a Dios que era Isaac.

—Matthias está herido. Una bomba. Asegúrate de que no nos usen para hacer prácticas de tiro mientras volvemos al campamento.

—¿Está muy mal?

—Bien no, desde luego.

—¿Dónde estáis? Enviaré un Land Rover a recogeros.

—Estamos cuarenta y siete grados nor...

La pistola retumbó al otro lado de la estancia y una bala cortó el aire y le pasó tan cerca de la oreja derecha, que dio por hecho que le había dado en la cabeza aunque aún no notara el dolor. Mientras se apoyaba sobre una mano, Matthias dejó caer la SIG hacia un lado, pero, sorpresa, Jim no se desplomó por ninguna herida en el cráneo. Obviamente, se trataba de un disparo de advertencia.

En el ojo de su jefe que aún funcionaba centelleó un brillo impuro.

—Lárgate... de aquí... mientras puedas.

Antes de que Jim pudiera decirle a Matthias que cerrara la puta boca, se dio cuenta de que se le estaba clavando algo en la mano que tenía apoyada. Lo recogió y vio que era, ni más ni menos, parte del detonador de la bomba.

Lo giró una y otra vez, ya que al principio no caía en la cuenta de lo que estaba mirando, pero al final le quedó claro como el agua.

Miró a Matthias con los ojos entornados, se guardó el fragmento en el bolsillo delantero y se arrastró hacia su jefe.

—No pienso dejar que me jodas —dijo Jim con determinación—. Ni de puta coña.

Matthias empezó a balbucear y Jim empezó a oír a alguien maldiciendo a gritos a través del auricular.

—Estoy bien —contestó a Isaac—. Ha fallado. Volvemos al campamento, asegúrate de que no nos disparen mientras nos acercamos.

La voz con acento sureño se volvió de pronto firme y segura, como la mano asesina de su dueño.

—¿Dónde estáis? Haré que...

—No, de eso nada. Busca a un médico en el QT y asegúrate de que mantiene la boca cerrada. Y vamos a necesitar un helicóptero. Habrá que trasladarlo por vía aérea, con discreción. Nadie puede enterarse de esto.

Lo último que necesitaba era que Isaac saliera a buscarlos en plena noche. Aquel tío era lo único que separaba a Jim de una acusación de asesinato del jefe de la organización clandestina más mortífera del Gobierno de Estados Unidos.

Nunca superaría aquello. Literalmente.

Pero al menos el secreto no se convertiría en noticia de primera plana. El *modus operandi* del cuerpo de Operaciones Especiales consistía en ocultar cosas: nadie sabía exactamente cuántos agentes había, dónde estaban, qué hacían, ni si respondían a su verdadero nombre o a un alias.

—¿Me oyes, Isaac? —preguntó—. Haz lo que te digo, o será hombre muerto.

—A la orden —respondió él a través del auricular—. Corto y cierro.

Tras confiscar la pistola que había usado, Jim cogió a su jefe, se colocó aquel peso muerto y flojo sobre los hombros y empezó a avanzar.

Primero para salir de la casucha de piedra. Luego bajo la noche ventosa y gélida. Después a través de las dunas. Su brújula le hacía seguir el camino correcto, el norte geográfico le ayudaba a orientarse y a continuar en medio de la oscuridad. Sin aquel punto de referencia, acabaría perdiéndose en el monótono paisaje del desierto, en el que lo único que veía era el reflejo de sí mismo en todas direcciones.

Puto Matthias. Maldito fuera.

Aunque, bien pensado, si el tío lograba sobrevivir, le acababa de proporcionar a Jim el billete para salir de Operaciones Especiales, así que, en cierto modo, le debía la vida: la bomba era suya y Matthias había sabido exactamente en qué lugar de la arena poner el pie. Y aquello sólo pasaba si querías hacerte volar por los aires.

Al parecer, Jim no era el único que quería ser libre. Sorpresa, sorpresa.

## Capítulo 1

*Sur de Boston, en la actualidad*

**E**h! ¡Espera un...! ¡Guárdate eso para el cuadrilátero!  
—Isaac Rothe lanzó el folleto publicitario sobre la capota del coche, dispuesto a volver a tirarlo de un manotazo, si no le quedaba más remedio

—¿Qué hace aquí mi foto?

El organizador de combates parecía más preocupado por lo que le pudiera pasar a su Mustang que a él mismo, así que Isaac extendió el brazo y lo agarró por las solapas de la chaqueta.

—Te he preguntado qué hace mi cara aquí.

—Relájate, ¿vale?

Isaac se acercó a él hasta que estuvieron tan cerca como los panes de un sándwich y captó el tufillo de la hierba que aquel cabrón fumaba.

—Te lo he dicho, nada de fotos. Jamás.

Las manos del organizador se levantaron en un gesto que en una conversación equivaldría a una rendición.

—Lo siento. La verdad... Oye, eres mi mejor luchador: atraes a ríos de gente. Eres la estrella de mi...

Isaac apretó el puño para esquivar el ataque del ego.

—Nada de fotos, o no pelearé. ¿Queda claro?

El organizador tragó saliva.

—Vale, lo siento —gritó.

Isaac relajó la mano e ignoró sus bufidos mientras hacía una bola con la foto de su cara. Echó un vistazo al aparcamiento del almacén abandonado y se maldijo a sí mismo. Menudo idiota. Hacía falta ser gilipollas para confiar en aquel cabrón lameculos.

El nombre no tenía la menor importancia. Cualquiera podía escribir «Tom», «Dick» o «Harry» en un DNI, en un certificado de nacimiento o en un pasaporte. Lo único que se necesitaba era la tipografía adecuada y una máquina de plastificar que pudiera hacer hologramas. Pero tu careto, tu cara, tu jeta... A menos que tuvieras la pasta y los contactos necesarios para hacerte la cirugía plástica, era la única forma que había para identificarte sin que hubiera lugar a dudas. Y con la suya acababan de hacer horas extras en la copistería Kinko's. Dios sabía cuánta gente lo habría visto. O quién habría descubierto su paradero.

—Oye, sólo quería hacerte un favor —dijo el organizador, sonriendo y dejando ver por un instante unos dientes de oro—. Cuanta más gente, más pasta ganarás.

Isaac empujó con el dedo índice el sombrero de copa del tío.

—Hazte un favor y cierra la puta boca ahora mismo. Y no olvides lo que te he dicho.

—Sí, vale. Claro.

Se produjo una sucesión de «perfectos», «no hay problemas» y «lo que tú digas», pero Isaac le dio la espalda mientras farfullaba.

Por todas partes había hombres hechos y derechos que salían de los coches y se empujaban los unos a los otros como si tuvieran quince años, como un puñado de *quarterbacks*\* cuadrados y envalentonados dispuestos a liarla, aunque no podían acercarse más al octógono de lo que la reja les permitía y no les quedaba más remedio que ver el combate a través de ella.

El hecho de que Isaac hubiera prácticamente dado al traste con su filón de artes marciales mixtas era irrelevante. La gente que lo estaba buscando no necesitaba ayuda y aquel pequeño y maravilloso primer plano junto con el número de teléfono con el prefijo 617 era justamente la propaganda que menos necesitaba.

Lo último que le hacía falta era un agente o, Dios no lo quisiera, que el segundo de a bordo de Matthias apareciera allí.

Además, había sido una gilipollez por parte del organizador. Las peleas sin guantes no reguladas unidas a las apuestas ilegales no eran del tipo de cosas de las que se hacía publicidad y, de todos modos, a juzgar por las multitudes que acudían, estaba claro que para el público el boca a boca era más que suficiente.

Pero el tío que llevaba aquello era un imbécil avaricioso.

Y ahora la pregunta era si Isaac debía pelear o no. Los folletos ya se habían impreso, según el hombre que se los había enseñado, y mientras calculaba mentalmente el dinero que ganaría, tuvo más claro que el agua que podía darles buen uso a los otros mil o dos mil pavos que se sacaría esa noche.

---

\* Líder ofensivo en los equipos de fútbol americano. (*Todas las notas son de la traductora*).

Miró alrededor y supo que tendría que entrar en el octógono. Qué coño, lo haría una vez más para llenarse bien los bolsillos y luego desaparecería.

Sólo una última vez.

Caminó a grandes zancadas hacia la entrada trasera del almacén, hizo caso omiso de las exclamaciones de sorpresa y de la gente que lo señalaba al reconocerlo. La multitud llevaba un mes viendo cómo le limpiaba el forro a todo aquel que se le ponía por delante y, obviamente, aquello lo convertía en un héroe a sus ojos, lo cual, desde su punto de vista, indicaba una dudosa escala de valores. Él era de todo menos un héroe.

Los gorilas de la puerta de atrás se hicieron a un lado para dejarle pasar y él los saludó con la cabeza. Se trataba de la primera lucha en aquellas «instalaciones» en concreto, aunque en realidad todos los sitios eran iguales. En Boston y alrededores había un montón de edificios, almacenes y sitios parecidos abandonados donde cincuenta tíos a los que les encantaría ser Chuck Liddell podían ver a otra media docena que, definitivamente, no lo eran, moviéndose en círculos en una jaula de lucha improvisada. Y aquel cálculo poco inspirador se sumaba al hecho de por qué el promotor había fotocopiado la cara de Isaac. A diferencia del resto de los luchadores sin guantes, él sabía lo que se hacía.

Aunque, teniendo en cuenta la cantidad de dinero que el Gobierno de Estados Unidos se había gastado en adiestrarlo, a esas alturas tendría que ser un completo inútil para no romper cráneos como si fueran huevos.

Y precisamente serían esas y otras habilidades las que le ayudarían a seguir desaparecido. «Dios me oiga», pensó mientras entraba en el edificio.

Aquella noche, el MGM Grand de los pobres consistía en unos dieciocho mil metros cuadrados de aire helado estancado entre un suelo de hormigón y cuatro paredes llenas de ventanas sucias. El «octógono» estaba en la esquina del fondo. Se trataba de un *ring* de ocho lados atornillado y sorprendentemente sólido.

Claro que había muchos tíos de la construcción que estaban metidos en aquella mierda.

Isaac pasó por delante de los matones que llevaban las apuestas e incluso ellos le presentaron sus respetos y le preguntaron si quería comer o beber algo, o cualquier otra cosa. Él negó con la cabeza, se fue hacia la esquina que estaba detrás del *ring* y se quedó allí, con la espalda apoyada en la intersección de ambas paredes. Siempre era el último en luchar porque él era el reclamo, pero nunca sabía cuánto tendría que esperar. La mayoría de los «luchadores» no duraban demasiado, pero de vez en cuando aparecía un par de supervivientes que se ensañaban como dos viejos osos pardos hasta tal punto, que hasta a él le entraban ganas de gritar: «¡Basta ya!».

No había árbitros y la cosa duraba hasta que uno de los dos idiotas se caía al suelo resollando, con la cara colorada y medio bizco con el guerrero urbano ganador de pie a su lado, sudoroso, tambaleándose como un pelele. Valían los golpes en todas partes, hígado y joyas de la corona incluidos, y se fomentaban los golpes bajos. La única condición era luchar con lo que Dios te había dado: los puños americanos, las cadenas, las navajas, la arena y todas esas mierdas no tenían cabida en la jaula.

Cuando dio comienzo el primer combate, Isaac se puso a escrutar las caras de la gente en lugar de atender a lo que sucedía en el *ring*. Buscaba algo que no encajara, un par de ojos posados sobre él, una cara que le sonara de hacía cin-

co años y no de las cinco semanas que hacía que había desertado. Joder, sabía que no tenía que haber usado su verdadero nombre. Cuando se había hecho con el carné falso tenía que haber elegido otro. Por supuesto, el número de la Seguridad Social no era el suyo, pero lo del nombre... Aun así, le había parecido importante. Era como mear en el territorio en el que se encontraba, como marcar aquel nuevo inicio como suyo.

Puede que también hubiera sido una especie de provocación. Una especie de «ven a buscarme, si te atreves».

Ahora, sin embargo, se maldecía a sí mismo. Los principios, los escrúpulos y toda esa mierda ideológica no eran ni por asomo tan valiosos como el latido de un corazón.

¿Y él creía que el organizador era un gilipollas?

Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos, el mejor cliente de Kinko's se puso de pie al lado de la alambrada e hizo bocina con las manos para gritar por encima de la multitud. El organizador estaba intentando hacerse el Dana White\*, pero Isaac opinaba que se parecía más a Vanna\*\*.

—Y ahora la atracción principal...

Mientras la muchedumbre que estaba en el suelo se volvía loca, Isaac se quitó la sudadera y la colgó fuera del octógono. Siempre luchaba con una camiseta de tirantes, pantalones de chándal flojos y los pies descalzos, como era obligatorio, aunque ésa era la única ropa que tenía, todo había que decirlo.

Mientras entraba por la puerta del octógono, continuó de espaldas a la esquina del almacén y esperó tranquilamente para ver cuál sería el plato fuerte de la noche.

---

\* Presidente de la Ultimate Fighting Championship, asociación promotora de combates de artes marciales mixtas de Estados Unidos. (N. de la T.)

\*\* Presentadora estadounidense del programa *La rueda de la fortuna*. (N. de la T.)

Como no, otro señor Tío Duro con delirios de macho. En cuanto su contrincante entró, empezó a dar saltos por todas partes como si tuviera un muelle en el culo y remató el espectáculo previo al combate rompiendo la camiseta por la mitad y dándose puñetazos en la cara.

Como aquel hijo de puta siguiera así, a Isaac le bastaría un soplido para derribarlo.

Cuando sonó la bocina, Isaac dio un paso adelante y levantó los puños a la altura del pecho, manteniéndolos pegados al torso. Durante al menos un minuto, dejó que su contrincante alardeara y diera puñetazos al aire con la puntería de un ciego con una manguera.

Aquello era pan comido.

Pero mientras la multitud lo presionaba, Isaac reflexionó sobre la cantidad de copias que una fotocopidora Xerox podía hacer en sesenta segundos y decidió ponerse serio. Le propinó al tío un izquierdazo directo al esternón que hizo que el corazón que latía tras aquel hueso se detuviera temporalmente. Le siguió un gancho de derecha que alcanzó al saltarín bajo la barbilla, lo que le hizo entrechocar los dientes y que la cabeza se le doblara hacia atrás sobre la columna vertebral.

Ahora le tocaba el turno al espectáculo de claqué: el señor Tío Duro se convirtió en Ginger Rogers y retrocedió de puntillas hasta la reja metálica. El bramido de los curiosos llenaba el aire resonando por todas partes e Isaac se acercó y machacó al pobre infeliz hasta que el saltarín se convirtió en un borracho tambaleante cuya cabeza le daba vueltas demasiado rápido como para organizar el cuerpo. Y justo cuando parecía que se aproximaba un K.O., Isaac retrocedió y le dejó recuperar el aliento.

Para sacarse unos cuantos miles más, aquello tenía que durar al menos tres minutos. Se puso a andar mien-

tras contaba mentalmente hasta cinco. Entonces volvió a...

El cuchillo dibujó un gran círculo y le hizo un tajo en la frente a Isaac, justo a la altura del nacimiento del cabello. La sangre empezó a brotar y le nubló eficazmente la vista. Aquello era el tipo de cosa a la que él llamaría estrategia si aquel tío tuviera alguna idea de lo que estaba haciendo. Sin embargo, dada la forma en que asestaba los golpes, aquello había sido claramente un golpe de suerte.

La multitud empezó a abuchearlo e Isaac se puso en guardia. Un capullo con una navaja era casi tan peligroso como alguien que supiera realmente lo que hacía con una y él no tenía intención de dejar que aquel hijo de puta le hiciera la cirugía estética.

—¿Qué te ha parecido eso? —gritó su contrincante, aunque la verdadera pronunciación fue más parecida a: «¿Qué te ha padecido eso?», debido al labio hinchado.

Fueron las cinco últimas palabras que aquel tío pronunció en el *ring*.

Isaac le dio una patada girando en el aire y su sangre salpicó al público. Con el impacto, le arrebató el arma al tipo. Luego todo se redujo a uno, dos, tres puñetazos en la cabeza y toda aquella arrogancia se desplomó con más fuerza que media ternera abierta en canal en un matadero, que fue precisamente el momento en que los fantásticos hombres y mujeres del Departamento de Policía de Boston irrumpieron en tropel en el almacén.

Y se hizo el caos.

Y, por supuesto, Isaac se quedó encerrado en el octógono.

Saltó por encima de su contrincante que yacía en el suelo como un pescado muerto, trepó por el lateral de casi

dos metros de altura del *ring* y saltó por la parte superior. Aterrizó sobre ambos pies, y se quedó paralizado.

Todo el mundo estaba enzarzado en el follón menos un hombre que permanecía de pie, a un lado. Tenía el rostro familiar y el cuello tatuado salpicados de sangre de Isaac.

El segundo de a bordo de Matthias seguía siendo alto, fuerte y mortífero, y el muy hijo de puta sonreía como si hubiera encontrado el huevo de oro en la mañana de Pascua.

«Mierda —pensó Isaac—. Hablando del rey de Roma...».

—Queda detenido —anunció un policía a sus espaldas a modo de saludo y, en un santiamén, estuvo esposado—. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en...

Isaac le echó un vistazo al policía y luego buscó al otro soldado. Pero el número dos de Operaciones Especiales se había esfumado como si nunca hubiera estado allí.

Hijo de puta. Ahora su antiguo jefe ya sabía dónde estaba. Lo que significaba que el hecho de tener a una unidad del Departamento de Policía de Boston pegada al culo era el menor de sus problemas.